

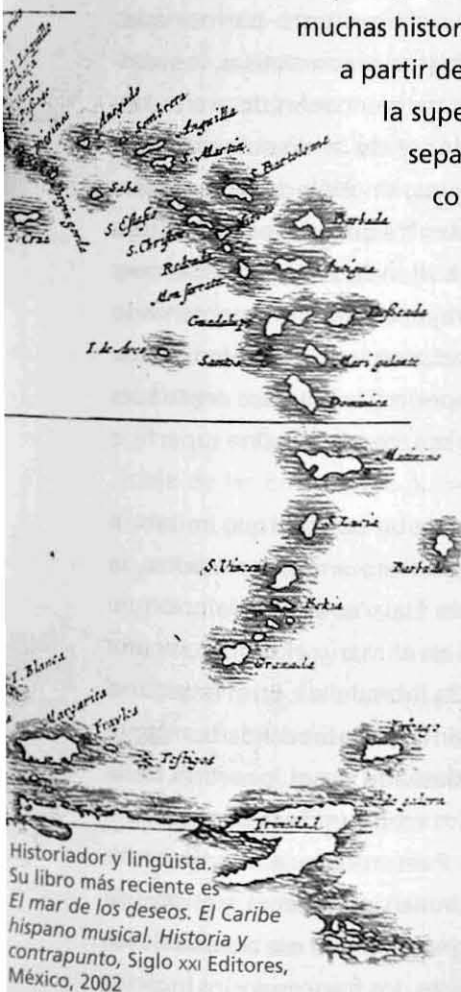
EL CARIBE

HORIZONTE DE LOS SENTIDOS

Antonio García de León*

Allí por primera vez, en las postrimerías del siglo xv, el Viejo Mundo encontró a través de los mares un nuevo prelude, una puerta de entrada hacia un espacio desconocido, haciendo realidad sus fantasías. De un instante al otro, el planeta dejó de ser una superficie plana y se reconoció como una esfera, permitiendo la aproximación de los continentes para iniciar una nueva aventura humana, tan fundadora e infinita como los días del Origen. Siendo de agua la mayor parte de su extensión, sobre las islas y litorales de las Antillas se urdió toda una secuencia civilizatoria, una respiración de refinamientos, un archipiélago de intercambios, una encrucijada que se fue formando con la lentitud con la que crece un arrecife en aguas cálidas. Ese límite de la audacia fue el artilugio del espacio, convirtiendo esos fulgores en los verdaderos protagonistas de ese tiempo. Hay muchas historias involucradas enriqueciendo su historia: algo sólo posible de reconstruir a partir de sus capas geológicas, de sus atolones de vestigios que emergen por sobre la superficie y que bullen en la vitalidad de sus estructuras flotantes. Islas que se separan del continente para formar su propio lenguaje, exhaustivo y exhausto como la niebla que intenta cruzar el océano.

En los siglos de maduración de su identidad, siglos en los que el Caribe permanece como un empalme de posiciones estratégicas que se disputaron los imperios coloniales, el poderío español tuvo aquí su más prolongado bastión y su nicho privilegiado de reproducción: pues fue en el primer contacto con las islas, cuando surgió realmente una cultura hispánica que se reconoció a sí misma como tal, universal y libre de las ataduras que le imponía la fragmentación nacional, étnica y cultural de la península. Alejados de sus trabas feudales y ante el asombro de plantas, animales, costumbres, tactos, colores, olores y sabores que por primera vez eran percibidos, los primeros colonos se fundieron en ese paisaje y lo inventaron de nuevo. El español atlántico, mucho más allá del castellano, enriquecido en su primer momento y para siempre por el taíno y las lenguas arahuacas, fue el código de comunicación de los primeros que se engolfaron en sus aguas y tierras, y para perpetuarse como tal tuvo que recurrir a nuevas fusiones, asimilando en su porosidad adquirida las voces y las lenguas de un universo desconocido hasta entonces. Luego vendrían las demás lenguas imperiales, de las potencias coloniales que se disputaron con España el piélago antillano, sufriendo un tránsito parecido al de sus predecesores, intentando hacer de las Antillas una



Europa tropicalizada, obligándose a trazar otras miradas desde los andamiajes previos, con un resultado tan desconcertante que sólo la literatura de las islas ha logrado perpetuar. Por primera vez, las lenguas de Europa se ejercitan en la pintura de estas tierras y se tiñen de sus colores, dejan de ser lenguas europeas y se convierten en indianas. Aquí el lenguaje se disipa en un naufragio de fragmentos, se desarticula con libertad y no sólo es capaz de renovarse, puede también,

en situaciones de emergencia, aglutinarse a otros, creando las lenguas *pidgin*, las garífonas, los papiamentos y las hablas criollas. Son América, África y Europa reducidos a un solo continente de enunciados y expresiones, a lenguas de compromiso que son las únicas que pueden expresar su identidad emergente y evasiva.

A lo largo de los siglos coloniales, las Antillas fueron el escenario en donde se dirimían las guerras europeas, siendo sus principales protagonistas los piratas, corsarios y filibusteros –patrocinados por sus respectivos reinos–, y de cuyas andanzas solamente quedarían las historias románticas, los tesoros naufragados o enterrados en las playas y ancones, los lugares comunes de las novelas de aventuras. Porque este mar se constituyó como el primer estadio de la globalización y de la disputa entre las grandes potencias, como el quicio de entrada y salida entre mundos y siglos. Un piélago de mercaderías, naves, ideas, religiones, lenguas, músicas, modos de vida y continentes trasplantados a la cultura de sus puertos: las Europas, el África negra, la India, el Lejano Oriente bullendo en sus formaciones portuarias. O bien, como un mar disminuido por las nuevas maneras de viajar, o aun más fragmentario e inconexo si pensamos que sus estructuras culturales eran más interconectadas en los siglos coloniales de lo que lo son hoy. El choque de las hegemonías, el derrumbe de los imperios, las nuevas realidades nacionales sacaron de nuevo a flote las barreras que impiden que ese mar sea, como fue, una superficie común de transporte de mercaderías y bienes culturales.

Su siglo xvii, como en otras partes de la América interior, fue el de un barroco que imitaba a su naturaleza, siendo como ella un tejido abigarrado y disperso. Más allá del oro ansiado y huidizo, la economía de plantación fue el gran proyecto triunfante de los rivales de España, una revolución de la producción intensiva surgida de los tesoros que le fueron arrebatados en el mar y el motivo de una nueva y permanente migración forzosa de los esclavos traídos del África hasta fines del xix. En el transcurso de la historia del Caribe la economía tuvo evidentemente el papel determinante, el de la realidad contante y sonante, el de la competencia y la ineficiencia, o el papel del puerto deseado en el itinerario de la economía ideal de un imperio, el español, que pretendiendo resistir ante los embates de la piratería, del contrabando y del libre comercio, se hundió poco a poco en el intento. Pues aquí quien abastece las riquezas es el mar, la superficie líquida de los intercambios. Y ese mar no admite sino un amo, y el amo de las riquezas es el amo del mar. De allí la coincidencia azarosa entre la desagregación de ese océano de los negocios adueñado por el imperio de los Austrias, asediado por los holandeses, los franceses y los ingleses



a lo largo del siglo xvii —y coto de Londres a partir de la guerra de Sucesión de 1713—, cuyo deterioro y caída de larga duración fue tan evidente y paulatino, que marcaría para siempre sus identidades. Así que hablar de la formación cultural que le acompaña, es seguir escuchando —atrás de los ruidos de las escaramuzas sucesivas—, los ecos de esa Bienaventuranza que deslumbró a Colón, los cimientos más profundos que permitieron que hubiera para siempre un Caribe emergido sobre las aguas, sobre el cual desembocaban los ríos místicos provenientes del Paraíso del deseo.

Una vez concluido su ciclo vertiginoso de guerras y comercio, cuando el mar dejó de ser el espacio en donde se resolvían las hegemonías, las Antillas quedaron yertas y suspendidas en la historia, teniendo que hacer un inventario, juntar todos los pedazos de su propio naufragio para reconstruir una identidad, echando mano de sus hábitos, su vida cotidiana, como lo haría cualquiera después del paso de un huracán. Los vientos habían traído y llevado durante siglos todo lo que se había acumulado en sus espacios de tierra y el vacío restante no podía ser llenado ni siquiera por el último de los imperios que se apoderara de sus fortalezas. Un sabor de herrumbre y de salitre lo invadía, y muchas migraciones llevaron a los isleños hasta los espacios abigarrados de las metrópolis que les correspondían, convirtiendo virtualmente a éstas en otras islas más de su entorno húmedo y exuberante. El retorno real e imaginario, el ir y venir entre el continente fastuoso y las realidades insulares, revitalizaron sus rutinas, reanimaron sus fuerzas, renovando su naturaleza con tal energía que a fin de cuentas logró permanecer y florecer a pesar del rezago, reverdeciendo sus hiedras y raíces a despecho del olvido de los otros, con una voracidad digna de los días del asombro.

Como en los orígenes, el lenguaje de las islas vuelve a invadir la Tierra Firme, se plastifica, se adapta, se modula y se enriquece. Sus espacios y sonidos, sus ritmos vitales, vuelven a latir como en el principio de su historia y llenan de armonías acrisoladas al resto del mundo. ¿Quién hubiera imaginado los huracanes en Manhattan, la salsa neoyorquina o el Carnaval caribeño más grande del mundo en las calles de Nottingham, Inglaterra, o que la isla de Guadalupe le hubiera devuelto a Francia una cadencia de tambores? ↵

